

SOCIEDAD ARGENTINA DE INMUNOLOGIA
LIV Reunión Científica

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD

JORGE GEFFNER

En nombre de la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Inmunología (SAI) les doy la bienvenida a su quincuagésima cuarta reunión anual. Como en otras ocasiones llevaremos adelante nuestro congreso junto a la Sociedad Argentina de Investigación Clínica (SAIC). Mis primeras palabras son de agradecimiento a la Comisión Directiva de la SAIC y en particular a su Presidenta, la Dra Selva Cigorraga, por el modo entusiasta y fraterno a través del cual encaró la relación con la SAI y la realización de este congreso conjunto. Por otra parte, me siento en la obligación de reconocer, en forma particular, el extraordinario trabajo llevado adelante por la Dra Analía Trevani, secretaria de nuestra sociedad, en la concreción de las diferentes actividades que desarrollamos en los años 2005 y 2006 y en las múltiples tareas que demandó la organización de este evento.

Una primera observación sobre el presente de la SAI muestra una Sociedad Científica en franco crecimiento. En el actual Congreso se presentarán 170 comunicaciones en el área Inmunología, lo que representa un incremento de cerca del 30% respecto del número de presentaciones llevadas a cabo en congresos realizados un par de años atrás. Ello refleja el desarrollo de una nutrida y entusiasta camada de investigadores jóvenes que han apostado a la ciencia y al conocimiento, dejando de lado otras actividades, seguramente, mucho más lucrativas. Con muchísimo esfuerzo construyen, día a día, sus grupos de investigación, incorporando nuevos graduados universitarios, orientándolos e iniciándolos en el desarrollo de esta actividad apasionante que es la investigación científica. Nuestro profundo reconocimiento y agradecimiento a cada uno de ellos.

Reflejando esta realidad y considerando que en el curso del último año hemos concretado la visita de un importante grupo de investigadores extranjeros a nuestros "Seminarios de Inmunología", hemos acordado realizar un Congreso centrado en la exposición de resultados y proyectos, y en la discusión de los mismos. Con este objetivo, hemos dado un mayor espacio a las comunicaciones orales y hemos encarado una nueva actividad, a cargo de investigadores locales, a la que denominamos "Actualizaciones en tópicos críticos en Inmunología". Esperamos que el espacio dado a estas modalidades ayude a superar una falencia crónica que padece la investigación en nuestro país: el escaso número de proyectos donde se integre el esfuerzo llevado a cabo por diferentes grupos locales, reflejando quizás un cierto sesgo individualista (obviamente perjudicial) en el desarrollo de la investigación científica.

Obviamente, no es éste el problema central que afrontamos frente al objetivo, seguramente compartido por la mayoría de los aquí presentes, de lograr una ciencia de excelencia capaz de brindar herramientas útiles para el desarrollo de nuestro país. Este desarrollo debería ser entendido, en primera instancia, como un proceso que permitiese a todos manifestar plenamente sus potencialidades, y no como un proceso tendiente a incrementar las ganancias de algunos grupos, a la espera de un supuesto efecto "derrame", que siempre se espera y jamás llega. Es el Estado, a través de la implementación de políticas activas, a quien le incumbe elaborar e implementar las medidas necesarias para el crecimiento de un sistema científico que pueda cumplir un papel protagónico en el desarrollo de la Argentina.

¿Qué balance realizar de lo hecho por el Gobierno Nacional en los últimos años en relación a Ciencia y Técnica? Ha habido incrementos salariales, sin embargo han sido francamente insuficientes. Un becario que inicia su actividad científica y planifica su vida y la de su familia, comprobará seguramente que su salario no le alcanza para llegar a fin de mes, sin mencionar siquiera la posibilidad de acceder a una vivienda propia, aún luego de 10 o 15 años de dedicación a la investigación científica. Esta realidad se vuelve particularmente crítica para la ciencia en momentos en los que asistimos a una importante recuperación de la actividad económica en nuestro país, con el consiguiente incremento en la oferta de puestos laborales. Los jóvenes investigadores, particularmente los más capaces, son tentados a abandonar la investigación científica, merced a ofertas laborales que le permitirían vivir dignamente.

El problema salarial, en el marco del importante crecimiento económico del país y la creciente disponibilidad de fondos por parte del Estado, es reflejo de una política que, en consonancia con los gobiernos anteriores, no considera a la actividad científica como uno de los ejes sobre los cuales se debería construir el desarrollo de la Argentina. El monto y el número de subsidios de apoyo a la investigación científica se han incrementado, pero se encuentran muy lejos de lo mínimo necesario. Llama la atención, por otra parte, que la investigación científica en el país se subvencione, no con aportes genuinos del presupuesto nacional, sino con un préstamo internacional, no carente de condicionamientos. Por otra parte, es menester destacar que no existe una política nacional en el área que intente integrar los proyectos y actividades desarrolladas por las diferentes Instituciones de Ciencia y Técnica tales como el CONICET, las Universidades Nacionales, la CNEA, el INTI y el INTA. Ellas funcionan en forma desarticulada. Por último, la eterna promesa de elevar la inversión en ciencia y tecnología al 1% del PBI (actualmente es del 0.45%) ha sido nuevamente dilatada para fines del 2010, de acuerdo a lo planteado en el "Plan estratégico nacional de ciencia, tecnología e innovación bicentenario para los años 2006-2010", elaborado por la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva.

En relación al funcionamiento de las Instituciones de Ciencia y Técnica llama la atención que, a pesar de que actualmente una parte sustancial de sus cargos directivos se halla en manos de científicos, se mantiene en pie la política de no abrir la consulta y el debate con los propios científicos. Siguen implementándose políticas (o ausencias de las mismas) que no han sido puestas a consideración de quienes, indudablemente, podrían aportar elementos que ayudaran a enriquecer las propuestas, a mostrar sus posibles falencias o a sugerir caminos alternativos. La elaboración de políticas científicas no puede obviar la consulta "real" a quienes desarrollan la actividad científica. Es evidente que existen cuestiones centrales que deben ser discutidas. Y no lo son. Para referirnos a aspectos más familiares a nosotros, tomemos el caso del CONICET. ¿Cómo deben elegirse las autoridades del CONICET? ¿Cómo deben integrarse las diferentes instancias de evaluación? ¿Cómo deben definirse los criterios de evaluación, tan dispares y fluctuantes de año en año? ¿Cuál es la conveniencia de nuclear a los investigadores en grandes Institutos? ¿Por qué no se normaliza la totalidad de las Unidades Ejecutoras? ¿Por qué el CONICET sigue contando con un presupuesto que apenas supera al requerido para pagar sueldos? ¿Por qué aceptar que el CONICET no debe hacer promoción a través del otorgamiento de subsidios? ¿Cuáles son los aspectos funcionales que el CONICET debería corregir? En relación a estas preguntas es menester enfatizar que la defensa de nuestro querido CONICET, principal organismo científico-técnico nacional, no debe ser entendida como una defensa estática carente de autocrítica sino, por el contrario, debería ser encarada a través de un amplio debate que permita definir los cambios que deben ser implementados con el objeto de fortalecer su presencia en el ámbito nacional e internacional. Obviamente, la ausencia de consultas y debates acerca de lo necesario y conveniente no es privativa del CONICET. Parece ser un componente fundacional en el ámbito de la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, así como también en el Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCYT) y el Fondo Tecnológico Argentino (FONTAR), ámbitos en los cuales la designación de las autoridades es atributo único del Poder Ejecutivo.

Recorriendo los discursos presidenciales realizados en ocasión de reuniones científicas previas, se observa una preocupación coincidente en relación a las condiciones en las cuales se ha desarrollado el trabajo de los científicos en el país por años y años. Sin embargo, este análisis suele obviar, como sujeto del mismo, a la propia colectividad científica. ¿No tenemos nada que decir acerca de nosotros mismos? ¿Es que siempre transitamos por el camino correcto? Evidentemente no. Y, sin encarar este punto, nuestro análisis será, en el mejor de los casos, parcial. Tomemos como ejemplo la Universidad de Buenos Aires (UBA). Aún manteniendo un nivel de excelencia en numerosas unidades académicas, la UBA se ha convertido en un ámbito donde, con creciente frecuencia, el mérito y la calidad académica van siendo penosamente reemplazados por concursos y nombramientos de dudosa transparencia, en un ámbito en el cual suele marginarse a sus mejores elementos si es que deciden no apostar a la obsecuencia y en el que se hace evidente la obsesión de una parte sustancial del plantel de Profesores de construir espacios de poder en función de sus propias apetencias. Entre estos Profesores se encuentran numerosos científicos del CONICET, miembros de nuestras Sociedades Científicas o Sociedades hermanas. Son colegas nuestros. Y la UBA es sólo un ejemplo.

Sin embargo, en mi opinión, existe un fenómeno de mayor gravedad aún. Creo firmemente que la inmensa mayoría de los investigadores se desempeña de acuerdo a criterios éticos, valorando la transparencia y la calidad científica y académica como principios y el debate de ideas como modo de construir propuestas enriquecedoras. Sin embargo, y a diferencia de lo ocurrido en el pasado, esta mayoría ha adoptado una actitud silenciosa, no ha buscado formas con el fin de expresarse. En otros momentos se manifestó masivamente en defensa del CONICET (frente a la “gestión” Caputo) o exigió a través de diferentes canales la recuperación del poder adquisitivo de nuestros salarios, la transparencia en el CONICET o se opuso al desmantelamiento de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Con algunas destacadas excepciones, la comunidad científica ha optado en los últimos años por el silencio, renunciando de este modo a la construcción colectiva de un camino a través del cual la ciencia pueda encontrar su lugar en la perspectiva de un país diferente. El compromiso activo de cada uno de nosotros, ciertamente incómodo y en ocasiones peligrosamente molesto, es una actitud que se presenta no sólo como deseable sino también como imprescindible, a fin de lograr el desarrollo de un sistema científico nacional que esté a la altura de los desafíos planteados. Mi fervoroso llamado a asumirlo plenamente.